



MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

(XI)

Yo soy muy depresiva, y dicen que eso se hereda. De vez en cuando me entraba una depresión tal, que me quedaba horas y horas sentada en la cazuela del retrete sin hacer nada. Me gustaba la sensación de vacío y frescor que cerraba mi cuerpo y, al mismo tiempo, lo acogedor de aquel espacio reservado, como construido a mi medida. Años después, y cuando le contaba esta sensación al arquitecto Le Corbusier, él exclamaba alborozado: «Tienes un talento natural de interiorista. Es cierto. El retrete es en el hogar el equivalente a la placenta que envuelve al feto. Y de placenta viene placentero. Voy a trabajar inmediatamente en el proyecto de retrete-placenta. En lugar del lavabo, un grifo aprovisionador de platos escogidos conectado mediante una goma con la boca del habitante. El habitante, sentado en la cazuela, y por unos amplificadores especiales el "Mesías" de Haendel...». «... ¡Y una pantalla para películas de "Charlot"!...», le instaba yo, que entonces era una forafa de Chaplin. El arquitecto nunca realizó su proyecto, y eso que entre los dos lo teníamos muy pensado. Hasta habíamos hecho una lista de platos a suministrar por el grifo: las tripas a la moda

de Caen, el plato rey. En eso coincidíamos el arquitecto y yo.

Me entró una depresión muy sentida en 1915, y una amiga mía me llevó a un médico muy famoso que estaba dictando unos cursos en París: Era un señor muy bien, con ojos magnéticos y una barba bien cuidada.

—Tumbese en ese sofá.

—¡Oh, caballero! ¡Qué chaleco tan bonito lleva usted!

—Es para guardar mejor la calderilla.

—¡Oh, caballero! ¡Qué ojos tan negros tiene usted!

—Son para contemplarte mejor.

—¡Oh, caballero! ¡Qué potente musculatura adivino bajo su bien cortado traje en excelente paño inglés!...

—Holandés.

—Perdón. Qué torpe soy.

—Un lapsus muy sintomático. ¿Su padre era holandés?

—No lo sé.

—Otro importante lapsus significativo. Amnesia con respecto al padre. Tiene usted un complejo de Electra de lo más salvaje.

—Es que me parece que ni siquiera mi madre sabía quién era mi padre.

—Amnesia heredera. Interesantísimo. Su madre debía sentirse esposa-hija y usted se siente hija-esposa.

—Madre, hija v. esposa.

¡Qué tríptico floral!

—Floral, floral... Muy sospechoso. ¿Es usted virgen?

—De las angustias.

—Angustias viene del sueco: «Angus», que quiere decir «estrecho». Está clarísimo. Tiene usted un terror enorme a la desvirgación porque se reserva para su padre.

Y eso, ya no. Me levanté y le sacudí dos porrazos con un bolso de marfil que me había regalado un maharajá hombre-lobo. Pero me dio tanta pena el médico, que después le abracé y me puse muy cariñosa.

Horas después, Sigmundo, así se llamaba el médico, mientras me extendía un cheque de dos mil libras, me preguntó, como quien no quiere la cosa:

—Y tú, hermosa ninfómana, ¿nunca has sentido envidia consciente del bichito de los niños?

—¡Pero qué bestia eres, Sigmundo! —le respondí yo, muerta de risa.

Tardé poco tiempo en enterarme de que había conocido a Sigmund Freud en tan curiosas circunstancias. Me lo contó la Begum, y cuando la expresé mi extrañeza por lo del «bichito», la Begum me dijo:

—Eres muy bruta, Encarna. Esas cosas se piensan, pero no se dicen.

